



MISIONES



CON SABOR

A MATE, LILIA
MARCHESINI

YERBA MATE

○ ○ ○ ○ ○

EL DIABLITO

RAÚL
NOVAU



Leer Misiones

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Prof. Alberto Sileoni

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

DIRECTORA DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Margarita Eggers Lan

COORDINACIÓN REGIÓN 4 (NEA)

Natalia Porta

plecturaporta@gmail.com

ARMADO DE COLECCIÓN

Equipo Región 4 (Vanina Bravo, Olga Dri) y Equipo Técnico Plan Provincial de Lectura "Misiones Lee"

plecturaregion4@gmail.com

GOBERNADOR DE LA PCIA. DE MISIONES

Dr. Maurice Fabián Closs

MINISTRO SECRETARIO DE EDUCACIÓN DE LA PCIA. DE MISIONES

Ing. Luis A. Jacobo

SUBSECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Prof. Francisco Rubén Conde

COORDINADORA del PLAN PROVINCIAL DE LECTURA

"Misiones lee"

Prof. Silvia Zapaya

CAPACITADORES

Prof. Damián Prieto

Prof. Félix Sebastián Franco

Prof. Alejandro Di Iorio

EQUIPO TÉCNICO

Lic. Raquel Benchoff



"Con sabor a mate, yerba mate" de Lilia Marchesini

© Lilia Marchesini

"El diablito" de Raúl Novau

© Raúl Novau

Diseño de colección: Plan Nacional de Lectura 2011

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

CON SABOR A MATE, YERBA MATE

LILIA MARCHESINI

Es el cuarto mate que preparo esta mañana. Ni el ron, ni el whisky, ni el coñac pueden más que un buen mate. Más aún mientras la nieve cae y me recuerda quién soy.... Te lo dije siempre. Forma parte de mí, el sabor amargo y caliente, como el de mi tierra. No puedo perder esta costumbre porque sería como perderme a mí.

Todavía hay un poco de la yerba que compramos el otro día en la dietética; esa que queda a la vuelta de la pensión donde vivíamos.... Vuelco la yerba adentro. Sacudo el mate boca abajo. Ubico la bombilla después de humedecer la yerba con agua tibia. ¿Te acordás cuando te enseñé a prepararlo? ¿Fue aquel día, el que llegaste a la pensión, con tu inmensa mochila y tan sucio como alma del Diablo! Yo volvía de buscar trabajo, una vez más, cuando te vi. Fue un instante. Fue suficiente.

Miro la valija a medio hacer. El reloj. El reloj. Me olvidaba del reloj que compramos en la feria. ¿Lo usarás cuando no esté? Nuestro único bien común. Es antiguo pero funciona. Suena como una marcha intensa. Se hace tarde. El agua ya está. Casi hierve. Apago el fuego.

Siento el calor que sale de esta vieja pava que te regaló tu madre y casi como en una melodía percibo al unísono la nieve. La manija de la pava ardiendo en mi mano, ese hielo ahí afuera., y siento el frío que me recorre el alma. Tenía razón. Ella tenía razón. “El diablo más sabe por viejo” te contestó aquel día.

El vapor del agua me va quemando mientras busco desesperadamen-

te una agarradera. La misma. La misma agarradera que traje de casa. Amarillenta y manchada. Nunca quise limpiarla. Cada color nuevo, cada mancha, era un poco de mi historia que se agregaba como pintada en un cuadro, en un lienzo. Me la llevaré conmigo. Cierro el termo. No sé qué decirte. ¿Cuánto de mí queda aquí?

Es la cuarta vez que preparo mate esta mañana y aún no cierro la valija. Todavía me retumban sus palabras. “Esa inmigrante no es para vos. ¿Qué estás haciendo de tu vida? Fuiste a los mejores colegios, tuviste una buena formación, una buena familia y se te viene a dar por todo eso... Tu padre se volvería a morir si te escuchara hablar: ¡Revolución! ¡Igualdad! ¡Dios mío!”.

Cebo el primer mate de esta vez que lo rearmo y siento que esta mañana en realidad he rearmado mi historia. Cuando intento cebarlo casi me salta el agua. Me salpica. Como las palabras de tu madre. Pero del mismo modo que entonces evito quemarme. Ya sé cuidarme. Sé que siempre el primer mate salpica. Puedo alejarme a tiempo de aquello que me hiere. El segundo que cebo no tiene riesgos.

Miro la valija y compruebo que llevo todo lo necesario. Lo mismo que traía cuando te conocí. Apenas los jeans gastados, las remeras lisas sin inscripciones, como me gustan, salvando esa negra con la cara del Che que ahora está tan vieja que la uso solo para dormir, una pollera, un par de pareos y vestiditos, los suéters que me tejió mamá; esos, los dejo bien arriba. Hace mucho frío y el camino es largo.

El reloj. El reloj. Sigue recordándome con su marcha a qué hora parte el tren. El reloj. Es lo único que me llevaría. No tiene nada de tu historia familiar. Tiene nuestra historia. Sorbo otro mate amargo. Igual a nosotros. Caliente y amargo. “Una pobre vieja, eso es lo que soy. No te importa tu madre. Ni tu futuro”. Otro mate. “Todo por esa ilegal argentina que te cambió la vida... ¿Sabés lo que quiere, no? ¡Tu nacionalidad, eso quiere!”. Otro mate más y me voy. “Tenés que hacerte cargo de todo lo que la familia te dio. Tenés que hacerte cargo de tu historia. O no vas a verme nunca más en la vida”.

Un mate más. Saco de la valija el suéter negro. Tiene el olor de mi madre. El último que me tejió antes de mi partida. “Voy a crecer mamá,

voy a buscar un mejor futuro para mí, para ustedes”. Apoyo el suéter en mi boca. Mi lengua apenas lo roza. Un poco de sabor a sal. Sus lágrimas. Las de mi madre aquel día. Y las mías. Las de antes y las de ahora.

No puedo enfrentarme a tu madre. No puedo cambiar tu realidad.

Apoyo el mate para cerrar la valija. Vuelvo a observar el reloj. Me doy cuenta de que me cuesta ver la hora. Estoy llorando. No me es fácil dejarte. Tampoco puedo encontrar un pañuelo con todo empacado. Debo tener tiempo aún. Mejor voy al baño.

Mis ojos rojos. Mi nariz de payaso. ¿Hace cuánto que lloro? El espejo refleja detrás de mí la valija abierta, el mate apoyado y el reloj... como para que no me olvide de que hay un tiempo. Un tiempo para todo. También para mi partida.

El agua en la cara me hace bien. Me limpia. Me da luz. Otra vez el mate. Está muy amargo. Me demuestra el tiempo que pasó. Tibio y amargo. ¿Tanto estuve en el baño? Quedó estacionado... Tengo que arrancarlo... Todavía sabe muy amargo. Estará mezclado con mis lágrimas. Vuelvo a cebarlo y ya está mejor. Va tomando temperatura.

La nieve afuera me recuerda que tenía el suéter negro en la mano, ¿dónde lo dejé?, Separo también el sobretodo. Miro la puerta. Apoyo el mate en la cocina y voy hacia la puerta.

En dos horas estarás entrando por aquí como todos los días, con tu andar cansino, intelectual, el mismo que tuviste siempre. Prefiero recordarte así. Y como un ritual primero me buscás con la mirada. Sabés que estoy en la cocina, preparando un mate para esperarte. Dejás los zapatos, la agenda y el sobretodo a la entrada. Me sonrío. Sé que estás ahí. Y casi sin hacer ruido te abalanzás a la cocina para sorprenderme con tu cara helada y tu abrazo inmenso. Me doy vuelta y el beso infinito se funde por un instante con el sabor de la yerba... Revolcados en la mesa. Todo sabe a amargo y dulce. El mate ya está frío. No importa. Sabe muy amargo. No importa. Quedó estacionado. No importa. Tengo que arrancarlo. Hay tiempo, me decís, hacemos uno nuevo.

Me acomodo el suéter, la pollera. Te acomodás el pantalón y la camisa de vestir. Tiro la yerba usada en el cesto. Miro vestirse a este hombre que es otro, sin mochila y sin jeans. Pongo yerba nueva. Cebo uno y te

lo paso. Me mirás. Tu madre está feliz, lo sé por tu mirada. Lo bebés. Los dos sabemos que esto así no va a andar. Me besás. Te vas al dormitorio y volvés con tu remera más vieja y el jeans más gastado. Cinco mates seguidos fue el tiempo que te llevó. Cinco mates seguidos fue el tiempo que me llevó. Muchos días...

Me pongo el suéter. Vuelvo a olerlo. Como si eso me diera fuerzas para no olvidarme de quién soy, qué quiero, por qué dejé mi país y por qué ahora te dejo a vos. Lo aprieto con mis manos mientras voy a la cocina. Tomo un mate amargo, amarguísimo y tibio. Se enfrió. Registro nuevamente el tiempo que pasó. Como si ese fuera mi reloj. Es mi reloj. Me vuelvo y veo la valija aún abierta. Nuestro reloj al costado. ¿Qué hago con él? Un mate más y me da fuerzas. Cierro la valija.

El sobretodo. El ticket está en el bolsillo derecho. Tengo un pañuelo en el otro. Por suerte. Siento algo amargo. El mate. No. Las lágrimas. El termo, que no me olvide. ¡¿Cómo me voy a olvidar?! El pañuelo está mojado. Compró yerba por el camino. Pañuelos de papel también.

Miro nuestro reloj. No veo qué hora es. Está todo empañado. ¿Seré yo? ¿Será la nieve? Busco el bolso, el portatermo en la cocina. Tomo el último mate. Guardo todo. Me lo cuelgo en el hombro derecho. No, mejor en el izquierdo. Busco las llaves. La valija en mi mano derecha. Rápido. No quiero arrepentirme.

Miro nuestro reloj. Lo dejo en la cocina. Ya llevo el mío colgado. Salgo a la calle. El frío me frena. La puerta que cierro me golpea.

Me despierto violentamente sofocada. Tu mano me acaricia. Aspiro hondo. Tengo puesta la remera del Che. Miro alrededor tus jeans y zapatillas. El mate al lado de la cama. Me levanto. Reviso lentamente cada lugar de la casa. No hay valija. El sobretodo está guardado. Voy a la cocina. Miro nuestro reloj. Son apenas las tres. Espío por la ventana. Afuera está oscuro. No nieva. Tomo la vieja pava que te regaló tu madre. Enciendo el fuego.

Y hoy, solo por hoy, decido prepararme un té.



EL DIABLITO

RAÚL NOVAU



i la más remota idea tenía Nino de que ella existiera al otro lado del río Paraná a una decena de kilómetros. Ni tampoco que era muda. Anita –hija del jefe de la estación ferroviaria paraguaya “Carmen del Paraná”– había perdido el habla desde la niñez. Decían las curanderas producto de un susto.

Pues el mundo de Nino se circunscribía al diario trajinar en el muelle ayudando a su padre, peón de descarga de frutas y hortalizas en la laguna San José, peleándose con sus hermanos –peones también en el atracadero de los ferrys– y aguantando las chanzas por su baja talla.

Es que Nino no tenía la estatura normal para un muchacho de su edad: era enano. Único espécimen de una familia de larguiruchos incluidos los padres y abuelos. Pues si hubiera habido algún antecedente de enanismo en los ancestros quizás las chanzas fueran más benignas. Ya había superado bastante su complejo –apoyado por la madre– rebatiendo cuando podía con agudeza y a veces con crueldad las divertidas cargadas.

Pero donde más estaba a sus anchas y en un trato igualitario era con el bullanguero grupo de los diablos. Solamente una vez al año se reunían en ocasiones del carnaval. El clan de disfrazados conformaba “Los Magníficos Satanaces” un exponente imprescindible en los cursos posadenses por sus estupendas presentaciones, endiabladas volteretas, galas vistosas al compás de tambores, redoblantes y cornetines.

Desde meses antes la madre preparaba el disfraz para la ocasión: el

traje del año anterior –un reducido corte de satén escarlata y tul rojo para la capa que ella consiguió pagando con bananas en La Placita– más la hechura doméstica de trapos alambicados forrados para los cuernos y la larga cola y el tridente que Nino alzaba cuanto podía para equipararse en altura a sus compañeros diablos.

Sin embargo, ese año Nino estaba decidido a abandonar su enmascarado demonio. Buscaría una comparsa distinta de otro barrio pues los satañes se llevaban el oropel de aplausos y vivas en las demoníacas coreografías en el recorrido por Bolívar mientras que él ni siquiera asustaba a los niños que al verle sólo deseaban jugar. También los perros le ladraban desaforados quizás por su menudez y considerarle así más vulnerable.

En esas mentas andaba al terminar el desquicio del desfile carnestolendo en el centro, calmando la sed con el resto de la diablada acodados en el mostrador, sirviéndose cervezas y sangrías alcohólicas coloreadas como sus vestimentas en el bar de Celestino en Villa Blosett. Sentía Nino que la celebración no le pertenecía, ajeno a la algarabía reinante y tratando de permanecer disimulado, cosa difícil pues era estimado como la mascota del grupo. Desde que nacieron los “Magníficos” integraba el saltimbanqui rejuntado luciferino y era considerado además un socio fundador. Él también correspondía a las demostraciones afectuosas sin transmitir el más leve asomo de disgusto o rabieta personal haciéndose la idea de que el año entrante sería el decisivo para su alejamiento. Mientras tanto bebía para confraternizar y olvidar sus cuitas íntimas, exigiendo que le colmaran el vaso como a todos ya que él por más enano que fuera y por menos superficie de cuerpo que disponía para que circulara la cerveza –y así corresponderle menos bebida según sus colegas– tenía las mismas funciones: la sed y la hinchazón del vientre eran iguales.

En ese tramo de la velada saturnal Nino ya estaba en franco declive y avizoraban que dormiría la mona ahí mismo pues cumplieron con sus órdenes: colmar el vaso tantas veces como quisiera. Mareado y a tientas no aceptó que lo sostuvieran ya que él podía con su físico, dijo aguardentoso y esquivo.

Sólo un concepto tenía claro Nino: seguir las vías del tren juntas pues era la tabla de salvación entre tanto avance de fachadas y árboles más grandes a la luz de la luna que se le desplomarían encima en cualquier momento. Tropezándose en los durmientes continuó zigzagueando las rutilantes vías del Urquiza. La sorpresa fue encontrarse con una mole oscura en mitad de los rieles sin estar en su libreto. Pero como tenía escalerillas semejantes a las del pórtico de su casa, no dudó de que su ángel de la guarda evidentemente cumplía su trabajo al acortarle el recorrido. Desfalleciendo de cansancio trepó al vagón y recorrió la oscuridad del pasillo hasta hallar la cama de la felicidad: un montón de sacos blandos y mullidos de correspondencia donde depositó su incendiado cuerpo de diablo.

Arrellanado en el convoy del “Internacional” Nino no percibió las zarandeadas de embarque del ferry “Roque Sáenz Peña” ni los traqueos monótonos del rodaje del tren después de Pacú Cuá. Era una bolsa postal más con la diferencia del atuendo rojo subido, acompañando los vaivenes de la marcha.

Despertó de pronto con los movimientos de llegada o salida –no precisaba con certeza– o por el calor sofocante del vagón y las sacudidas violentas que repentinamente lo volvieron a la realidad: asomándose a la ventanilla creyó que soñaba. Un enorme cartel anunciaba “Carmen del Paraná” bajo el refulgente sol de mediodía.

Tridente en ristre saltó al andén, escondiéndose tras unos matorrales, tratando de esclarecer su mente ligada por último al caminar la trocha rumbo a su casa y después la oscuridad.

Esperó paciente encogido que el tren partiera y que el terraplén se despejara de vendedoras de chipás y naranjas peladas y, dando un rodeo, se desplazó a los trasfondos donde asomaba la casa del jefe de estación.

La muda Anita barría la galería absorta en la contemplación mecánica de la escoba sobre el ajedrezado piso. Nino tendría que decidirse pues tarde o temprano lo descubrirían, sobre todo si había perros a quienes más temía. Avanzó con sigilo por el caminito del jardín y rápido ahora por unos gruñidos cercanos, corriendo con la capa roja al viento

y surgir de golpe ante la joven ensimismada en su mudez y barrido, arrastrando la larga cola y el tridente en alto, los ojos saltones inyectados de borrachera pasada y el tizne de carbón corrido por sus regordetes cachetes.

Fue un espeluznante alarido que hasta ahora cascabelean en los oídos de Nino, tal fue el clamor de Anita, súbitamente paralizada por aquella aparición dantesca de un diablo tamaño muestra que brotaba del infierno.

Los pájaros en bandada alzaron repentino vuelo y algunos caballos se encabritaron al unísono del grito mientras el perro ladraba a las corridas y el padre y los changarines quedaron petrificados en el andén. Pero el padre distinguió algo particular, original, inocente y deseado que tal vez nadie se hubiera percatado: era el simple sonido de una voz recuperada en su primera palabra ¡Papá! Que siempre repercutiría en su memoria en los años por venir pronunciado con vehemencia por Anita desde la galería.

Nino fue el rey del lugar. A partir del acto fue considerado un mano santa. Anita recuperó la voz y al parecer también quiso recuperar la ausencia de lengua en años de silencio pues hablaba hasta por los codos. En retribución, Nino fue designado encargado de playa en la estación. Avisó a sus padres que pronto los visitaría. Por ahora cada vez que Anita viene con la bandeja del tereré, sus miradas se encuentran en ojeadas diablescás.



LILIA MARCHESINI



Investigadora, dramaturga, bailarina, coreógrafa y docente, dirige el Instituto Expresión Corporal Uno (Compañía de Teatro Danza y Expresión Corporal). Ha obtenido numerosos premios y distinciones por su obra dramática y poética, entre los que se destacan la Beca del Instituto Nacional del Teatro (2006) y el Segundo Premio compartido por *Sin manos* en el Concurso de Teatro por la identidad de la región N.E.A.

Ha cumplido diversas funciones públicas desde 2003 como Asesora de cultura y educación ciudadana y Directora de Cultura de la ciudad de Posadas. Actualmente se desempeña como Directora General de Promoción de la Equidad y Capacidades Diferentes del Ministerio de Derechos Humanos.

PARA SEGUIR LEYENDO



Una plaza y nada más; Los colores de la luz, La Pajarera (teatro)

Argentina en versos y prosas; Letras de Oro 2007; Latinoamérica escribe. (poesía)

RAÚL NOVAU



Nació en Sauce, Corrientes; en 1945, está radicado en Misiones desde niño. Veterinario de profesión y escritor por vocación, es cuentista, novelista y dramaturgo. Fue presidente de la SADEM en los años 88-90 y Director Municipal de Cultura de Posadas.

PARA SEGUIR LEYENDO



Cuentos culpables, Réquiem para una luna de miel, Loba en Tobuna, Los minusválidos, Diadema de metacarpos, La espera bajo los naranjos en flor. Sus cuentos fueron compilados en: *Antología de cuentistas argentinos, 10 cuentistas de la Mesopotamia, Antología para el 3° ciclo, Páginas con Mesopotamia.*



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL FOMENTO DE LA LECTURA



Gobierno de la
Provincia de Misiones



Ministerio
de Cultura y Educación
Subsecretaría de Educación

Plan
Provincial
de Lectura
Misiones Lee

